



Cuento estratégico 4.1

Capítulo 4: Sobre la influencia del entorno en los negocios

¡Maldita crisis!

Luis Ángel Guerras Martín
Universidad Rey Juan Carlos

Julio estaba sentado en la única silla que quedaba en el local en el que había pasado buena parte de los últimos años, esperando a que viniera el dueño para recoger las llaves. ¿Cómo había ocurrido todo? «¡Maldita crisis!», se dijo a sí mismo sintiendo una rabia controlada a duras penas. Saber que a otros también les había ido mal no era un consuelo. La inmobiliaria de la esquina había cerrado hacía meses, ya no se vendía un piso. Tampoco le había ido muy bien a la tienda de decoración cercana ni al concesionario de coches del polígono por el que iba a correr los fines de semana. ¿Qué iba a hacer ahora?

Julio había montado el restaurante con pocos medios y mucha ilusión. Poco a poco, el negocio se había ido asentando, consiguiendo una buena marcha económica y cierto reconocimiento. Había tenido buen ojo cuando decidió abrirlo en una zona de la ciudad con muchas oficinas y empresas. Su restaurante no era de los más caros, de esos a los que solo va gente de mucha pasta. Tampoco era una de esas franquicias que sirven emparedados, pizzas o ensaladas a un precio módico. No, él había montado un restaurante para comer bien, a un precio alto aunque asequible para los directivos de las empresas próximas que lo llenaban cada día.

Pero la crisis económica, la maldita crisis, se lo había llevado todo por delante. Muchos de sus clientes habían sido despedidos de sus empresas. Otros vieron su salario reducido. Las empresas de otros ya no se hacían cargo de las facturas que presentaban con la excusa de comer con un cliente con el que creían poder cerrar un buen acuerdo.

Julio pensó que la crisis era pasajera, que no duraría mucho y que podría aguantar. Por eso no quiso cambiar su filosofía de comida a la carta e introducir un menú del día más barato para capear el temporal. Siempre quiso llegar a tener uno de esos restaurantes con estrellas de reconocimiento a los que la crisis apenas había afectado. A la gente que se podía permitir esos excesos no le reducían el sueldo ni la despedían, pudiendo seguir disfrutando de sus caprichos de lujo sin restricciones.

Ahora se arrepentía de su cabezonería. Algunos de los restaurantes de la zona habían adaptado el negocio y los precios a la situación de crisis e iban tirando. En cierto modo, aunque no le gustaba reconocerlo, envidiaba a su amigo Rafa. Ambos empezaron juntos en la restauración pero Rafa no tenía ambiciones de estrellas ni de reconocimientos y montó una pizzería. Le fue bien desde el principio, pero más aún con la crisis. Las alcachofas recién traídas de la huerta y el solomillo de buena ternera habían cedido paso a la pizza





cuatro estaciones y la *prosciutto*. No sólo había introducido el servicio a domicilio sino que había abierto un nuevo local en otra zona de oficinas. Le iba tan bien, que incluso se estaba planteando montar una cadena de franquicias para la que necesitaba apoyos. Alardeando de amistad, ofreció a Julio participar en la expansión como socio. Pero Julio había dicho que no. Su sueño se había roto y no quería acabar vendiendo pizzas cuatro estaciones al por mayor. Además, necesitaba un cambio.

Mientras esperaba con poco ánimo la llegada del casero, Julio miró de reojo un periódico de hace unos días que quedaba en la barra polvorienta, fijando la mirada en un titular de la parte inferior de la portada. «La comida del futuro: los insectos han llegado para quedarse». No dejó volar demasiado la imaginación pero, por primera vez en muchos días, notó cómo se atrevía a sonreír levemente. Después de todo, pensó, quizás no devolviera las llaves al casero.

Fecha del cuento: Julio de 2019

